

CARLOS ALBERTO SEGUIN: FIGURA REPRESENTATIVA DE LA PSIQUIATRÍA PERUANA

Javier MARIATEGUI

Hace más de veinte años, cuando revisábamos material documental sobre la psiquiatría peruana, consideramos importante crear una galería de sus figuras representativas. La elección de sus componentes no era solo una especie de ejercicio gráfico sobre la identidad de nuestra disciplina en el país sino un esfuerzo, sin duda osado, de darle continuidad en el tiempo. Fuimos austeros en la selección de las personalidades consagradas, inscritas por méritos propios en la historia nacional.

La primera selección contaba con las efigies de José Casimiro Ulloa, Manuel Antonio Muñiz, Hermilio Valdizán, Baltazar Caravedo Prado, Carlos Gutiérrez-Noriega y Honorio Delgado, a los que agregamos dos maestros vivos, los profesores Carlos Alberto Seguin y Humberto Rotondo. El maestro Seguin supo de este proyecto original, para el que nos facilitó una ampliación fotográfica que durante los siete años de nuestra gestión en el Instituto estuvo exhibida en la oficina de la Dirección Asociada, ocupada por Renato Castro de la Mata, a la espera de otra más apropiada, con fotos tipo busto, a las características generales de la galería.

La galería se organizaba de acuerdo a un formato personal, que excedía los modestos muros de lo que era entonces nuestro escenario de trabajo, la Clínica Psiquiátrica de Día, hoy Servicio de Salud Mental «Honorio Delgado». En una de las celebraciones del Servicio presentamos ese primer diseño, que volvió al archivo de las

cosas útiles, en busca del ambiente apropiado.

Cuando, ya a cargo de la dirección del proyecto que hizo realidad el Instituto Nacional de Salud Mental «Honorio Delgado-Hideyo Noguchi», visitamos la construcción, el casco estaba terminado. Al pasar por este ambiente que ahora nos reúne, de inmediato decidimos que eran estos los muros adecuados para la galería, a la que habíamos agregado a don Enrique Encinas, fallecido en 1971, y a don Federico Sal y Rosas, físicamente perdido en 1975.

Ya en pleno funcionamiento del Instituto, debimos agregar a don Humberto Rotondo en 1985, quien estuviera ligado a sus orígenes, como miembro de la Comisión encargada del proyecto de Centro de Salud Mental Comunitario e integrante del primer Comité Consultivo Nacional de la institución. Y, recientemente, en agosto de este año, también en ceremonia pública, agregamos a don Baltazar Caravedo Carranza, fallecido en febrero de 1990.

El toque personal está en que la composición gráfica no repite mecánicamente las presencias cronológicas de personajes vinculados al quehacer psiquiátrico. Intenta más bien destacar y congregar la suma de significaciones, más allá de los textos oficiales y su orden temporal. En la línea impresa al Instituto, como institución de referencia de la psiquiatría y la salud mental en el país, la galería encontraba su complemento necesario.

Por esta razón, frente a la intromisión de la desautoridad, la galería se fue con nosotros por más de tres años. Por fortuna, en previsión de riesgos de este tipo, mantuvimos -y mantenemos- su carácter privado, cedida en uso indefinido a esta institución, (*) concebida como un centro para la investigación de la realidad nacional en todos los aspectos de la Salud Mental en nuestro tiempo.

La presencia de don Carlos Alberto Seguí Escobedo en esta galería no necesita discurso alguno de justificación. Su figura congrega décadas de señorío y excelencia en el desarrollo de la psiquiatría peruana y latinoamericana. Hombre de síntesis, debemos al profesor Seguí actualizaciones acerca de lo nuevo que se registraba en el mundo: la medicina psicosomática, la psi-



*El Dr. Javier Mariátegui saludando al Dr. C. Alberto Seguí.
Se aprecian sentados al fondo, a los Drs. A. Perales y Luis Matos*

quiatría social, la corriente existencial en un aporte original a la investigación de la comunicación interhumana (1990) la psiquiatría folklórica cuyo deslinde y perfil a él debemos; el ensayo psicológico-histórico; la meditación sobre la pareja humana en *Amor, sexo y matrimonio* (1980) y recientemente, en 1990, *Convivencia*, un estudio de la realidad peruana; en fin, la reflexión médico-antropológica en libros como *Tú y la medicina y la Enfermedad, el enfermo y el médico*.

Orfebre de la palabra, le preocupó siempre al maestro Seguín enmendar las acepciones contenidas en las ediciones recientes del Diccionario de la Lengua Española y dar curso crítico a una semántica correctiva, más comprensiva de nuestro idioma. Dice en el prólogo de su Diccionario dialéctico, publicado en 1987: «...no soy un especialista en lenguaje, sino un dilectante, alguien que se deleita con las palabras; un amateur, un amorador del idioma, que quiere compartir esos sentimientos». He puesto fecha a algunos de sus trabajos para destacar la cercanía de los mismos, lo que habla del permanente hervor de su inquietud intelectual que no interrumpe el tráfico diario y los inevitables cambios calendarios.

Fuimos testigo de excepción de su presencia permanente a los demás, no solo a través de su trabajo profesional sino en sus afanes de cultivar con sus discípulos y amigos, un grupo de trabajo, «Pro Salud Mental» que animó en los últimos tiempos y

que tuvimos el privilegio de integrar.

De vocación genuinamente humanista, Seguín pasó los años críticos de la historia reciente de la humanidad sin someterse a los dogmas ni deslumbrarse con las ideologías. De ahí la austeridad y la vigencia permanente de su mensaje científico, más allá de la moda mutante y de las variaciones, a veces drásticas, del ingrediente político ínsito en el pensamiento humano.

Destacar la orientación antropológica del Maestro Seguín, cabalmente cumplida en un desarrollo vital como proyecto existencial logrado, es tarea que exige un desarrollo aparte, necesariamente extenso, un foro abierto, por sus discípulos y sus amigos, a la colectividad nacional, hacerlo de modo acabado, a la manera estructuralista de Michel Foucault, esto es, la arqueología del saber del hombre a partir del ser enfermo.

La obra entera de Seguín no se limita por cierto al saber psiquiátrico académico. Partió, desde sus primeros escritos, en busca del ser social y cultural que envuelve y define al hombre en una circunstancia histórica concreta. La historia personal no solo está escrita en la infancia como enseña el psicoanálisis, sino que el secreto de la vida eficaz y plena consiste en la realización de las fantasías infantiles. El hombre es todo lo que sabemos acerca de él, pero es principalmente, según el querer de Huizinga, *homo ludens*, un ser que juega la apasionante y enigmática aventura de la vida.